

LA LENGUA DE LOS GORILAS

Hernán Tejerina

Palabras de Villa María

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
Consultas: planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar
República Argentina, 2010
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Palabras de Villa María

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
AUTORIDADES
Rector: Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector: Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría de Extensión: Mgter. Omar Barberis
Secretaría de Comunicación: Lic. Santiago Druetta
Secretaría de Bienestar: Abog. Luis Negretti
Director Editorial: Mgter. Carlos Gazzera
Carlos Pellegrini 211 P.A. - (5900) Villa María, Córdoba - (54) (353) 453-9145
www.unvm.edu.ar
e-mail eduvim@unvm.edu.ar

Fotografía de Portada: © Cristian Pérez

Eduvim agradece a Cristian Pérez la fotografía utilizada en la portada de este libro, de uso exclusivo para esta colección.

Tejerina, Hernán Domingo
La lengua de los gorilas y otros cuentos. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2009.
12 p. ; 20x14 cm. - (Programa de fomento de la lectura en adultos con autores cordobeses 2009-2010; 4)
ISBN 978-987-1518-85-2
1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863
Fecha de catalogación: 01/12/2009

Estos textos fueron seleccionados por la Universidad Nacional de Villa María y la Editorial Universitaria Villa María.

LA LENGUA DE LOS GORILAS Y OTROS CUENTOS

HERNÁN TEJERINA

EL LEGADO

La noche que mamá se "voló la tapa de los sesos" –mamá incurría en la afectación cuando amenazaba– dejó una caja de madera con mi nombre y una frase, escrita en la tapa: "Para cuando Los Beatles vuelvan a tocar"; anotó con su letra afilada.

Desde esa noche han pasado 30 años. Nunca se me cruzó por la cabeza averiguar qué había legado mamá para mí. Como todos, he tenido una vida difícil, mis ambiciones excedieron el talento o la constancia que se requería para perpetrarlas. Como a pocos, la conciencia de ello me ha mortificado. Creo que no he amado nunca y creo que quienes me amaron –o al menos las que lo intentaron– amaron en mí algo que yo no era. Quienes me han visto detrás de las múltiples máscaras, no me han soportado. Considero a eso motivo de orgullo.

Esta noche yo también voy a *"volarme la tapa de los sesos"*. Sí, la afectación es hereditaria. Incurro en ella cuando amenazo a mis hijos. Tres mujeres antagónicas, en tres años sucesivos, me han hecho padre de tres hijos.

Menos alusivo que mi madre, esta mañana compré una caja. En su tapa, escribo: "Hijos, abran la caja. Y la caja dentro de la caja".

Una sonrisa cruza mi rostro: no es una buena frase. La caja que he comprado tiene el doble del tamaño de la que mi madre me legó. Guardo su caja en mi caja. Después, clavo la tapa.

Busco mi revólver, lo llevo a mi boca. La naturaleza del rito radica en su repetición. Ambicioné sortear lo cíclico de toda trama, romper la secuencia.

Otros lo han logrado. Yo, no.

Acaricio la tapa de la caja. No dejo mi legado como una condena sino como una esfinge que se forja para ser destruida.

Respiro hondo. Voy a disparar. Sé que en el último momento, lamentaré, otra vez, que ella se ha salido con la suya.

Mamá ríe en el infierno.

Ríe de su nene que nunca la olvidó y que siempre le tuvo miedo.

Ríe del que va a buscarla.

Ríe de mí.

a Jorge Barón Biza

"(…) yo sé que ustedes recogerán mi nombre y
lo llevarán como bandera a la victoria".
Eva Perón
"No existe documento de cultura que no sea
a la vez documento de barbarie".
Walter Benjamin

"…infinitamente reescribimos la fábula
de los monos de Benarés".
T. D. H.

El mono buscó la máquina de escribir y la subió al árbol. La incrustó en una encrucijada de ramas gruesas. Un rato después, con íntima urgencia, con oscuro gozo, golpeó el teclado.

Se había infectado un mes antes y lo habían encerrado en la jaula de aislamiento, en una zona restringida al público. A lo largo del tiempo, la desidia de los guardias fue amontonando en esa jaula trastos viejos y botellas vacías; en medio de ella se erguía un árbol descomunal. Hurgando entre los trastos, el mono encontró la máquina. Estaba enfermo y se acurrucó a su lado. Así pasaron los primeros días.

Cuando mejoró como para saltar de una rama a otra sin caer al suelo, la subió al árbol.

Con el paso de las semanas la salud del mono fue mejorando. Ellos dijeron que la infección había cedido. Después, requirieron mi opinión. Lo examiné e insistí en dejarlo en cuarentena. Algunos se opusieron pero mi opinión prevaleció.

Varias veces al día, el mono se demoraba frente a la encrucijada de ramas y aporreaba el teclado.

Una noche, ellos metieron una hembra en la jaula. Pusieron, también, otro teclado.

"Cuatro manos escriben mejor que dos"; alegaron con el cinismo de quienes rara vez incurren en lo cínico.

La hembra estaba en celo. El mono alzó las máquinas y las sostuvo en vilo sobre su cabeza. Después, las arrojó contra los barrotes. Innumerables teclas y engranajes se esparcieron por el suelo. La hembra quedó preñada. Fue la última vez que alguien dispuso algo sin mi consentimiento. Por entonces yo llevaba diez años de trabajo en el zoológico. En una época había sido el más bello de África pero esos tiempos comenzaban a ser un recuerdo.

Tras mucho tiempo sin que en mi vida pasara nada, dos cosas definitivas me sucedieron en una semana. Fui nombrado responsable a cargo del sector 'Simios' y llegaron a mis manos las *Obras Completas* de William Shakespeare que mi madre me remitió desde Londres. No solo literatura remitió mi madre, envió, también, el revólver que mi padre empuñó durante su juventud en tierras hostiles, en tiempos hace décadas extinguidas.

Incluyó, además, unas breves líneas de su puño y letra: *"Tu padre ha muerto"*.

Con un balazo de aquel revólver sacrifiqué a la hembra. Después, despedí a la mitad del personal asignado a la sección 'Simios'. Con los auxiliares restantes atornillamos las máquinas de escribir a los troncos más fuertes de los árboles. Fue una labor minuciosa y febril. Reconstruimos engranajes y resortes. Forjamos teclas nuevas -en acero las forjamos-. Pusimos, también, hojas de papel y redes metálicas alrededor de los carros para que no pudiesen quitar las hojas y romperlas. Construimos máquinas robustas, indestructibles, menos una pieza de precisión que de herrería. Por esa época las viejas *Remington y Underwood* comenzaron a sucumbir frente a artefactos exiguos y eléctricos.

En los talleres, a instancia mía, reformamos doce máquinas y las distribuimos en la jaula de aislamiento.

Tomé una decisión que acarreó controversias: encerré a los monos en la jaula vedada al público. Cautelosos, los monos se encaramaron en el gran árbol. Algunos se detuvieron frente a las máquinas y al cabo de un rato descargaron sus dedos sobre el teclado. En el papel quedaba una línea sucesiva e ininteligible de letras. Solo uno de ellos, al final del renglón, movía el carro.

Todas las noches yo retiraba lo escrito y ponía hojas en blanco.

Un día, un mono escribió: *"Hace años…"*. Llenó la hoja con esas dos palabras. Recuerdo el vértigo en mí cuando al atardecer retiré la hoja.

Ese *"Hace años…"* entusiasmó a todos los que trabajábamos en la sección 'Simios'. Algunos vieron en esas líneas el final de una experiencia exitosa. Y alucinada.

Yo sostuve lo contrario. Mi opinión prevaleció.

El zoológico no volvió a ser el mismo al final de aquellas polémicas. Con mi personal a cargo, suprimimos la jaula comunitaria y encerramos a los monos en jaulas mínimas.

Un mono. Una jaula. Una máquina.

Ubicamos a los monos con sus patas engrilladas frente a las máquinas de escribir. Las máquinas estaban atornilladas al suelo. Hasta ese momento habíamos usado cualquier tipo de monos pero entonces nos dimos cuenta de que solo una raza servía: los gorilas.

Un día, uno de los auxiliares que me había visto leer en mis ratos libres me preguntó: *"Señor, ¿cuánto cree que tarden los monos en escribir un soneto de Shakespeare?"*. Su pregunta me incomodó, sentí como si alguien me hubiese descubierto en una falta grave. *"Lo que tarden en dar con él"*, respondí. El auxiliar se marchó y comencé a hacer cálculos, los números eran desalentadores. Redoblé esfuerzos y ordené que alimentaran a los monos solo tras varias páginas. En menos de un mes, pasaban la mayor parte del día sobre el teclado. Tres gorilas se desquiciaron, hubo que sacrificarlos. Quedaron nueve. No hacían otra cosa que escribir. Todos los días, alguno anotaba: *"…te estoy nombrando"* o, *"…en un lugar de la Mancha"* o, *"…vióse convertido en un monstruoso insecto"*. Mis días se volvieron la espera de un único momento, el de quitar la hoja del carro y leer. Alguna vez, el entusiasmo, o la estupidez, me llevó a acariciar el cráneo de los gorilas. Fue un error. Sin rigor no hay palabras. Uno de ellos se desquició. Una vez más debí usar el revólver de mi padre.

Un año después de aquellas frases sueltas escritas a lo largo de una hoja, uno de

ellos escribió: *"Tienes un rostro de mujer pintado de la propia mano de la Naturaleza, tu, señor y señora de mi pasión; tierno corazón de mujer, no sujeto a la inconstancia mudable, como es de contextura pérfida de las mujeres…"*. Por ese entonces, no había soneto de Shakespeare que yo no reconociese de inmediato. Quité la hoja. Allí estaban las palabras formando el soneto XX. Las manos del gorila que las había escrito, colgaban a sus costados. A través de la malla metálica, miraba las palabras sobre el papel. Comprendí en sus ojos lívidos lo que sucedía.

Abrí la jaula, retiré la hoja. Leí el soneto. El gorila miraba el papel entre mis dedos. Uno de mis ayudantes le acercó una buena ración de comida. No la probó. Aflojé los grillos de sus patas. Tardó en salir de su letargo, había perdido mucho peso y el pelo se le caía de a puñados en varias partes del cuerpo. Volví a leer, lentamente y en voz baja: *"…señor y señora de mi pasión; tierno corazón de mujer…"*.

Por entre los barrotes de la jaula, el mono me tiró un manotazo. Fue un golpe débil pero dejó una cicatriz que aún languidece en mi rostro. Uno de los auxiliares me alcanzó un palo. Lo usé, sin saña, sobre las manos del gorila. Al día siguiente, temprano, sus dedos rotos se empeñaban sobre el teclado. Con el correr de los meses, todos los gorilas escribieron algún soneto.

Ha pasado el tiempo, el que una vez fuera el zoológico más bello de África está en ruinas. En sus jaulas se amontonan mendigos, leprosos y putas. Los animales han vuelto a la sabana. Sólo yo, en la sección 'Simios', resisto. Algunos gorilas sobreviven a mi alrededor. Con fusiles y trampas velo por ellos. Todas las pequeñas manías que antes conformaban mi rutina han cesado. Todas, menos mi lectura encarnizada y amorosa de Shakespeare. Durante mucho tiempo, múltiples personas censuraron mis métodos, conspiraron a mis espaldas. Ahora nadie me demora en esos modos del tedio. Se ha dicho que finalmente África prevalecerá sobre mí. Eso no tiene importancia, a la larga todos sucumbimos. A la larga, incluso la sección 'Simios' sucumbirá. Escucho el traqueteo de las máquinas, el ruido de los carros al deslizarse, el sonido del papel impactado. Y miro a los gorilas: sus cuerpos llagados, macilentos, sus cráneos afilados. Han perdido sus pelambres y unos pocos dientes sobreviven en sus bocas. Sin embargo, el progreso en sus escrituras es notable.

Recito Shakespeare en voz alta. Para ellos recito. Les he dado mi vida. No me arrepiento. Cada noche leo los textos que han escrito a lo largo de la jornada. Guardo, aún, la esperanza de que un día, al quitar el papel, descubra que uno de ellos ha dado, al fin, con la exquisita perfidia de lady Macbeth. Creo que entonces ya no me importará morir.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA LENGUA

Tras el derrumbe de las naciones surgieron los distritos. Tuvieron una existencia turbulenta y su colapso fue clave para el surgimiento de las Zonas como estados autónomos y soberanos. Por lo general, estas ocupaban el emplazamiento de un barrio y fueron el último y más serio intento por mantener el antiguo estado de las cosas. Las Zonas tenían sus autoridades, sus conjuntos de costumbres devenidas en leyes y el uso estricto de un lenguaje común. Durante su existencia, se crearon y mantuvieron ejér-

citos. Las guerras, sin embargo, eran infrecuentes. Más tarde, una serie de conspiraciones clausuró aquella edad y propició la entronización de las Casas como máxima expresión del cuerpo social. Cada una de ellas se abocó con ahínco a la redacción de constituciones y al perfeccionamiento de los Consejos de Guerra. Fue un tiempo pródigo en luchas y el predominio de una Casa sobre otra determinaba la aniquilación de la Casa vencida. Se comprendió, entonces, que la razón de esas luchas no residía en la anexión sino en la aniquilación. El crecimiento geométrico de las guerras acarreó el fin de la era de las Casas. Fueron suplantadas por la hegemonía de las dependencias de servicios, los cuartos, las salas, los corredores. Durante esta época se abolieron (u olvidaron) leyes, códigos y constituciones. La ideología hegemónica fue la de la beligerancia como fin en sí y la situación derivó en la destrucción de todas las construcciones, desde los rascacielos hasta las taperas, desde los grandes paseos públicos a los mausoleos familiares. De un invierno a otro, no quedaron en pie más que las esporádicas ruinas de muros que en ningún caso sobrepasaban los 30 centímetros. De a poco se fueron perdiendo nociones como Vivienda, Pared, o Puerta. Durante algunos meses, las familias se empeñaron en encarnar en su seno la idea de nación. Pero el empeño duró poco y las hijas se volvieron contra las madres y los hijos contra sus padres. Aunque enemistadas entre sí, las mujeres se hostigaban entre ellas con un sublenguaje indescifrable para los hombres. Desconcertados, también los hombres urdieron su propio sublenguaje. El fin de ese tiempo produjo algunas masacres punitivas, algunas matanzas confusas y el agotamiento de los animales gregarios. Sobrevino la anarquía y tras ella, los días desde los que escribo estas líneas. Ahora, a mi alrededor, pulula un mundo vigoroso y sanguíneo donde cada hombre tiene su lengua y cada lengua no solo es distinta de las demás sino que aspira a ser contrapuesta. Por lo demás, vivimos solos, cultivamos el olvido del fuego y ejercemos la gramática y el homicidio. Quienes con infinita paciencia desentrañamos el idioma de alguna mujer, de vez en cuando hacemos el amor. De esa infrecuente paciencia nacen hijos mudos. O ciegos.

EVA EN EL EDÉN

Dice que le debo las alas y que soy su personaje y su invención y después dice que me calle.

"Callate, Yegua", me dice.

Carraspea un poco y se acerca al ventanal. Se para en medio del balcón. Levanta los brazos. Los agita, parsimonioso.

"Cooompañeros", dice.

En silencio, desde la cama, veo su culo caído, sus piernas flacas. En su espalda resaltan, nítidos, los nudos de la columna.

Ahora baja los brazos.

Veo sus hombros, caídos, y sobre los hombros, las motas espesas y húmedas.

"Vení, Negro", le digo.

"Ahí va", me dice.

De la calle llega un rumor de pasos y por la ventana se cuela el fulgor de las lucecitas de neón.

El cartel es viejo: "El Edén-Albergue Transitorio". Los cuartos huelen a sexo viejo, a polvo echado a las apuradas, al tabaco negro de los *43/70*.

Las letras del cartel están un poco torcidas y de día, cuando no las ilumina el neón, se puede ver cómo el óxido las va poniendo en fuga.

Anoche cayeron las primeras heladas de junio y dice el diario que esta noche va a helar de nuevo. "Te veo mañana"; me dijo ayer, en la fábrica.

"Te vas a resfriar, Negro".

"Ahí voy".

Ahora se adentra en la tibieza del cuarto. Se echa a mi lado. Nos miramos un rato. Después, sus rodillas me rozan. Estrecha mi cintura y su mano trepa por mi espalda.

Yo lo dejo hacer y sus dedos, minuciosos, deshacen el rodete. Los cabellos se derraman sobre la almohada.

Desnudo, me mira desnuda.

Sus dedos trepan por mis muslos.

A él no le gustan sus dedos cortos y gruesos.

"Despacio, Negro".

Su boca humedece mi vientre. Se enlaguna y pasa por mis labios. Llega a mis sienes. Me acaricia.

"Hola Negrita"; me dice. Le sonrío. Me arrodillo en la cama y despacio lo acuesto boca arriba. Estira las piernas. Cierra los ojos. Una flojera general lo devasta de a poco.

Bajo mis manos, un animal flaco.

"Shhh, quieto"; digo, y un ligero escalofrío lo estremece cuando se la comienzo a mamar.

"Negri-taa"; me dice.

En el espejo del techo estoy yo: desnuda y rubia. Y encima mío su columna llena de nudos.

Entre mis piernas, su culo caído sube y baja y, al rato, vuelve a quedar, caído.

Ahora se sienta en la cama. Escucha el rumor de la calle y mira los destellos del neón.

"El Edén-Albergue Transitorio".

Saca un cigarro. Lo enciende. Le da una larga pitada. Con sus dedos cortos y gordos se sacude las motas. Lentamente larga el humo.

"Pasame *La Razón*"; me dice.

El diario asoma de su bolso sobre la mesita de luz. Se lo paso. Se demora en los titulares, en la fecha confirmada, en las especulaciones acerca del retorno.

"Viste que le daba el cuero"; me dice. Después, deja caer el diario a un costado de la cama.

Desnudo, me mira desnuda.

"Sacate la peluca"; me dice.

Me la saco.

"Pasámela".

Se la paso.

Va hasta la silla que está en el rincón. En una mano, el cigarro. En la otra, la peluca.

Se sienta. Da una larga pitada y arroja el cigarro, a medio terminar, en un rincón. Después toma la crin dorada entre sus manos. Acaricia las hebras. Con el pie tuerce el diario y lo acerca hasta su silla. Vuelve a echarle una mirada.

"Lo que va a ser eso"; dice.

Eso, en el espejo, soy yo. Las costillas, el sexo, los tobillos, la sombra de vello sobre el labio. Las ojeras. Eso, desnudo. Cierro los ojos. Con los dedos me tanteo el cráneo. Mis dedos son ásperos. Bajo las uñas, la grasa. Mi cráneo todavía esta tibio. Extiendo los brazos, los agito levemente.

"¿Qué hacés?".

"Qué te importa".

Al rato me pasa la peluca. "Tapate"; me dice. Aliso los cabellos. Rehago el rodete. Me pongo la peluca y queda un poco chanfleada. Unos pelos me cosquillean la nariz.

"Ponete bien eso"; me dice.

Se pone serio, le hago caso.

Por la ventana se cuela el mismo fulgor y los mismos rumores.

Alguien golpea la puerta.

"Se acabó el turno, Negro".

"Ya va"; dice él. Se levanta de la silla y busca el pantalón y la camisa tirados cerca de la puerta. Va hasta el lavabo, se moja la cabeza. Sacude las motas. Yo lo veo vestirse. Lo veo echarse un chorro de colonia. La colonia le mancha la camisa bajo los sobacos, pero a él no le importa. O no se da cuenta.

Lo veo juntar el diario y meterlo en el bolso. Lo veo mirar la hora. Se acerca al balcón. "*Mirá si no me va a dar el cuero*"; murmura despacio, mientras, se sube el cierre de la bragueta.

Después, prende otro cigarro. Sus motas gotean. Las gotas le humedecen la camisa.

"¿Laburás mañana?"; me pregunta.

"Sí".

"Entonces te veo en la fábrica"; me dice. Me besa. Se va.

"Se acabó el turno, Negro".

"El Negro ya se fue".

"Y yo ya me voy"; digo, después.

"Dale que ya está"; me apuran.

Miro la puerta.

Me demoro sobre las sábanas.

Miro hacia arriba.

En el espejo del techo, desnuda y rubia: una Yegua. Yo.

EL AMIGO DE CHARLES DARWIN

Un biólogo, amigo de Charles Darwin, tenía dos obsesiones en su vida: la defensa de la teoría de la evolución y el amor de Melisa Brown, su vecina de enfrente.

El biólogo cotejaba a su vecina con científico empeño y su vecina lo desdeñaba, metódicamente. Él, sin embargo, volvía a insistir.

Un día, buscando desalentarlo para siempre, su vecina le dijo: "Seré tu esposa

cuando cuentes los granos de la arena del mar". El amigo de Darwin, cegado de amor, puso manos a la obra.

Durante la primera semana el hombre pasaba doce horas al día contando grano a grano la arena del mar. Comía frugalmente y bebía en abundancia. Su sueño era pesado y profundo.

El paso del tiempo acrecentaba el amor del biólogo.

Al mes de haber comenzado su tarea, pasaba 16 horas al día desgranando las playas y el mar.

Casi no dormía, bebía poco, dormía mal.

Meticuloso contaba y contaba. Tomaba un puñadito de arena con una mano y con el pulgar y el índice de la otra iba separando grano a grano y contando, 1.020.004, 1.020.005, 1.020.006. Cuando acababa la cuenta del puñadito de arena, sacaba un lápiz del bolsillo de atrás de su pantalón y anotaba la cifra correspondiente. Embolsaba la arena contabilizada en grandes bolsas negras.

Ciego de empeño y amor, el biólogo se fue apartando de su pueblo y su gente. Pasaron muchos años. Melisa Brown, su vecina de enfrente, olvidó lo que un día le dijo y se casó con un novio de la infancia. Tuvo cuatro hijos. Fue feliz. Enviudó a los cuarenta.

En el pueblo todos fueron olvidando al biólogo. Su hermana lo olvidó, su padre lo olvidó y Charles Darwin también lo olvidó. En noches de insomnio su madre creía recordar a un hombre desgarbado que desculaba hormigas y se enamoraba de una puta; luego, cuando estaba a punto de recordar el rostro de su hijo, la madre se dormía. Al día siguiente despertaba desmemoriada.

5.800.003, 5.800.004, 5.800.005. A los tres años de haber comenzado a contar la arena del mar, el biólogo estaba en el África. Le había crecido una barba cerrada y oscura, su andar era bamboleante y la espalda se le había encorvado. La gente que lo miraba en la playa, unas veces veía a un hombre en extinción y otras a un simio excepcional.

Ya no embolsaba la arena que había contado pero nunca contaba dos veces la misma arena.

También el biólogo fue olvidando al mundo. Primero se borroneó su familia y su infancia. Después, olvidó su ciencia y más tarde olvidó a Melisa Brown. Contar arena, en cambio, se le hizo instinto.

Siguiendo el trazo de la arena desanduvo el camino de la tierra al mar. De dos patas pasó a cuatro y luego al reptar primario y más tarde el agua se volvió su elemento. 100.800.001, 100.800.002, 100.800.003.

Para cuando Charles Darwin comenzó a figurar en las enciclopedias, se había cubierto de escamas y contaba un número de 107 cifras.

HERNÁN TEJERINA

Nació en 1972, en Corrientes. Pasó su infancia -"una época importante de mi vida"- en Bell Ville, Provincia de Córdoba. Desde los diez años vive en Córdoba. Ha colaborado en la revista La Intemperie y en Gramática y homicidios.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL DE LECTURA

PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

eduvim

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.